

**CLAUSURA DE LOS CURSOS DE ALTOS ESTUDIOS MILITARES, ESTADO MAYOR E INTEGRAL DE DEFENSA NACIONAL DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA.** Bogotá,  
27 de noviembre de 2001

*“Nosotros no le tenemos miedo a la guerra; le tenemos horror. Horror consciente e infinito porque la consideramos cruel, criminal y absurda y no creemos que ella se justifique sino cuando no queda otro camino para guardar el honor nacional, en el que yo sí creo, y para defender y salvar intereses y principios vitales. No aceptamos esa solución trágica mientras queden otros caminos, un solo camino siquiera, para asegurar por medios pacíficos y civilizados el logro de lo que se desea”.*

Con estas palabras, que pronunciara en 1935 ante el Senado de la República el ex-Presidente, y entonces congresista, Eduardo Santos, bien pudiéramos identificarnos, no sólo yo, como Presidente de los colombianos, sino también los comandantes y altos oficiales de las Fuerzas Armadas de Colombia que hoy me acompañan en este acto solemne.

Tal vez parezca paradójico que en la más alta escuela militar de Colombia diga yo, a través de las palabras de Santos, que le tenemos “horror” a la guerra, que no creemos en ella y que

no la aceptamos como solución mientras queden otros caminos, así sea un solo camino, para lograr las metas e ideales de la sociedad.

Cualquiera podría preguntar: ¿es que acaso ser militar no es lo mismo que ser hombre de guerra? ¿Es que acaso no estamos en una escuela que existe desde hace más de 92 años y que ostenta con orgullo el nombre de Escuela Superior de Guerra? Entonces, ¿cómo compaginar este ideal de paz al que me refiero con una supuesta vocación de guerra de la milicia?

Parece contradictorio, pero no lo es, porque nuestras Fuerzas Armadas no son unas Fuerzas creadas ni preparadas para usar la violencia contra sus semejantes, para imponer regímenes totalitarios ni para atentarse contra el bienestar, la dignidad o la integridad de sus compatriotas ni de ningún otro ser humano.

Los hombres y mujeres formados en esta Escuela y en todas las escuelas militares y policiales del país son ante todo profesionales de la seguridad, comprometidos con la defensa de la democracia y sus instituciones, con la protección de sus compatriotas y, por consiguiente, con la paz.

No son hombres y mujeres de guerra, aunque están capacitados como ninguno para afrontarla cuando no queda otra alternativa. Yo diría que son hombres y mujeres “de patria”, que ostentan la dignidad y la responsabilidad que este apelativo implica; hombres y mujeres dispuestos, como decía Bolívar, a sacrificar por la salud de la patria *“su tiempo, su dicha y su sangre”*.

Nuestras Fuerzas Armadas son, como lo he dicho en varias oportunidades, las Fuerzas de la Institucionalidad Colombiana, y, como tales, son las Fuerzas de la Democracia, las Fuerzas del Derecho y las Fuerzas de la Dignidad Humana.

En mi pasada disertación en la Escuela Superior de Guerra tuve oportunidad de esbozar lo que podríamos llamar la teoría sobre “el Trípode de la Fuerza Legítima”. En esa oportunidad dije que la potestad de usar la fuerza que la sociedad, a través del régimen democrático, ha entregado a nuestras Fuerzas Armadas es y será legítima en la medida en que se sustente en tres principios fundamentales: el apego irrestricto a la ley, la protección y garantía de los derechos humanos y la aplicación del derecho internacional humanitario, y el respaldo popular.

Sólo con ley, derechos humanos y consenso popular puede un cuerpo armado pretender que la fuerza que utiliza sea legítima, a diferencia de lo que ocurre con los actores armados ilegales, quienes obran contra la ley, violan continuamente los derechos humanos, infringen el derecho internacional humanitario y no cuentan con prácticamente ningún respaldo popular.

Pues bien: partiendo de la legitimidad que conlleva el cumplimiento de los elementos del trípode, hoy quisiera avanzar aún más en esta dirección para postular la nueva dimensión humana que deben tener las Fuerzas Armadas colombianas en el Siglo XXI.

Aún en tiempos de conflicto -y precisamente en tiempos de conflicto- como los que atraviesa la nación colombiana, es cuando los militares deben demostrar con hechos por qué son los legítimos depositarios de la fuerza legal, por qué la sociedad les ha conferido el derecho de portar armas para defenderla en un acto de confianza al cual deben responder con altura.

No cabe duda: los terribles hechos ocurridos en los Estados Unidos el pasado 11 de septiembre, cuando el fanatismo de unos pocos destruyó las vidas y esperanzas de miles, nos han dejado a todos un sentimiento amargo en el corazón y nos han puesto a pensar sobre la esencia de la condición humana.

¿Podemos todavía, en el Tercer Milenio de la era cristiana, seguir justificando la violencia como un medio para alcanzar fines políticos, religiosos o sociales? No. La respuesta clara y concisa es: ¡No!

Ahora tenemos que definirnos en blanco y negro: por la vida y lo que ésta representa, o contra la vida.

Lo que está de por medio es la misma esencia de nuestra razón de ser en el mundo. Lo que está en juego es la propia dignidad del ser humano. No podemos tolerar, ni vamos a tolerar los actos cometidos contra la integridad o la tranquilidad de nuestros compatriotas, vengan de donde vengan, tengan las razones que sea.

Por esto mismo, las Fuerzas Legítimas de la Nación pueden y deben siempre acudir en defensa de la vida y tranquilidad de la

población civil que les ha confiado su custodia y seguridad. Esa es su misión constitucional y su deber profesional. Pero deben hacerlo siempre -y esto es fundamental- en el marco privilegiado del respeto a los derechos humanos y la aplicación estricta del derecho internacional humanitario. Deben hacerlo usando la fuerza legítima, que las diferencia de los actores ilegales, y no la violencia indiscriminada, que las haría iguales a ellos.

Bien decía el Ejército de nuestro país en un lema que hizo carrera: ¡Nuestro compromiso es Colombia! Hoy los invito a que amplíemos este lema con un nuevo concepto que debemos apropiarnos hasta la médula de la conciencia: ¡Nuestro compromiso es con la vida y la dignidad del ser humano!

No hay misión más grande ni más noble propósito. Por eso las Fuerzas Armadas de Colombia se preparan cada día más, a través de una capacitación que ha excedido de los 100 mil integrantes y ha implicado la apertura de 117 Oficinas de Derechos Humanos, para garantizar la vigencia de estos derechos y garantías fundamentales, mostrando ante el país y el mundo por qué han ganado el respaldo y la admiración unánime de sus compatriotas.

Las Fuerzas Armadas de Colombia son hoy más fuertes, modernas y profesionales que nunca antes en la historia del país, y tienen en esta fortaleza un gran efecto disuasivo para los violentos. En efecto, tenemos unas fuerzas preparadas como pocas para la guerra -si es que no nos dejan ninguna otra alternativa-; sin embargo, lo más importante es que tenemos unas fuerzas preparadas para construir la paz, con vocación demócrata y humanista.

Por eso las Fuerzas Armadas de Colombia defienden a los colombianos de las agresiones a que son sometidos sin importar qué agente o bajo qué pretexto las ejecuta. Se trate de combatir la subversión, los grupos de autodefensa o la delincuencia común, la labor y la misión de las Fuerzas Armadas es una sola: luchar por la vida, ¡siempre y únicamente por la vida!

Ya no se conciben los ejércitos como instrumento de muerte u opresión. Hoy deben obrar a la luz del día, con orgullo y la frente en alto ante sus compatriotas, y se han convertido en los mejores aliados de los derechos humanos y los más fieles

representantes de los valores espirituales que diferencian al hombre de las bestias.

De continuar -como continuará, estoy seguro, gracias al compromiso de muchos de los aquí presentes- esta actitud constructiva de las Fuerzas de la Institucionalidad, éstas ganarán todavía mayor respaldo entre sus compatriotas que agradecemos y admiramos su labor de patria.

Hoy hemos abierto una nueva esperanza a la paz y el país entero se encuentra a la expectativa de avances concretos que paren el desangre de nuestra gente y nuestra economía. Hoy, cuando se revive el proceso de diálogo con el ELN y aspiro se logre dinamizar la negociación con las FARC, confiamos en que estos grupos entiendan también la nueva dinámica de la vida que hoy se hace imperativa para salvar la humanidad y rescatarla del abismo en que la sume la intolerancia y el fanatismo.

Bien lo dijo el gran escritor León Tostoi: *“Toda reforma impuesta por la violencia no corregirá nada el mal: el buen juicio no necesita violencia”*.

También lo enfatizó el historiador escocés Thomas Carlyle: *“Es un error esencial considerar la violencia como una fuerza”*. Ciertamente no lo es, sino todo lo contrario: Es una debilidad. Una debilidad en la que no deben incurrir ni incurrirán las Fuerzas Armadas de Colombia.

Apreciados amigos:

Hoy se cumple un nuevo ciclo en la historia de las Fuerzas Militares de Colombia, marcado por la graduación de los futuros Brigadieres Generales y Contralmirantes de Colombia en el Curso de Altos Estudios Militares “CAEM”, la graduación de personalidades de la vida nacional y oficiales de la Policía Nacional en el Curso de Integración sobre Seguridad y Defensa Nacional “CIDENAL” y la Graduación del Curso de Estado Mayor de los mayores y capitanes de corbeta que cumplen así su requisito para ascenso.

Estas nuevas promociones serán las encargadas de aplicar este nuevo concepto de las Fuerzas Militares, que hoy, por fortuna, está siendo impulsado desde los más altos cargos, comenzando por su Comandante, el General Fernando Tapias Stahelin.

Ustedes, los futuros comandantes generales de nuestras fuerzas y armas, tendrán el importante compromiso de seguir avanzando por el camino trazado de respeto impecable y absoluto por la vida humana y todo lo que este conlleva.

Ustedes recibirán las Fuerzas Militares más poderosas, modernas y profesionales en la historia del país, con un pie de fuerza casi duplicado, una capacidad de transporte aéreo duplicada y un régimen de seguridad social, de ascensos, de salud y disciplinario digno de sus responsabilidades. ¡Ese será el legado de mi Gobierno para la seguridad de Colombia, un legado que me enorgullece más que nada!

Deben saber, sin embargo, que el arte de la fuerza no está en tenerla sino en saber usarla. Por ello, no deben caer jamás en la tentación de bajar al nivel de los adversarios que desprecian la vida humana en aras de alcanzar sus fines. Todos sabemos que la violencia sólo genera más y más violencia. Por el contrario, deberán seguir obrando con la altura y la calidad humana que sólo se demanda de los mejores soldados y los mejores seres humanos de Colombia.

Quienes hoy se gradúan, con mi felicitación y el reconocimiento de sus compatriotas, se han visto beneficiados, sin duda, por la modernización y dinamismo que adquirió la Escuela Superior de Guerra en los dos últimos años, durante los cuales contó con la experta y comprometida dirección del Mayor General Henry Medina Uribe.

Hoy la Escuela Superior de Guerra ha sido aceptada por el Icfes como una institución universitaria y ha consolidado su alto nivel académico a través de la cooperación con otras universidades de Colombia. También ha adquirido prestigio internacional con la celebración de seminarios sobre temas de gran trascendencia, como el de las “Operaciones Militares en el marco del Respeto y Defensa de los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario o el de “Sociedad, Gobierno y Fuerza Pública en Situaciones de Emergencia”.

Otro esfuerzo importante ha sido el de la adquisición de tecnología para la sistematización de la Escuela y la creación de centros de simulación. Hoy se tiene avanzada en un alto grado la creación del Centro de Simulación y Análisis de Crisis, en el cual se comienzan a gestar los nuevos estrategias colombianos.

Todos estos son los legados de un hombre serio, comprometido con Colombia y con la educación militar, quien hoy se despide de la Escuela que ayudó a forjar y de una carrera de éxitos y entrega al país. Al Mayor General Henry Medina quiero hoy, de forma especial, expresarle el agradecimiento de la Nación y de sus cuerpos armados por su aporte a esta institución educativa. ¡Gracias, General Medina, y que Dios premie su buen servicio a Colombia!

Apreciados Miembros de las Fuerzas Armadas:

Hoy tenemos, todos, un nuevo reto. No sólo defendemos un territorio o un sistema de gobierno. No sólo defendemos un Estado o una Patria. Nuestra misión hoy es aún más grande, si se quiere, y está vinculada a la lucha de la humanidad entera. ¡Hoy defendemos la vida y su dignidad, esté donde esté y sean quienes sean los agresores!

Vivimos tiempos complejos, en el mundo y en Colombia, y son estos momentos los que exigen de nosotros una definición. El Gobierno Nacional, las Fuerzas Armadas de Colombia y 40

millones de colombianos pacíficos y de bien hemos tomado ya esa definición: ¡Estamos por la vida y contra la violencia!

Permítanme terminar mi intervención en este alto centro académico citando las frases que pronunció mi padre, el Ex Presidente Misael Pastrana, hace ya más de 27 años, pero que hoy parecen más actuales que siempre:

*“Cuando se quebrantan principios, cuando las sociedades parecen desfallecer y cuando se enajenan almas y conciencias a movimientos foráneos, cuando se busca disminuir el acervo de tradiciones que configuran una nación, en las generaciones que año tras año modelan sus conciencias en estas aulas se mantiene en todo su vigor todo aquello que configura la patria como viva emoción que no puede apagarse porque es la lumbre misma de su ser”.*

Aquí están, apreciados amigos, las nuevas generaciones de líderes militares de Colombia. Ustedes tienen la responsabilidad de mantener “aquello que configura la patria”. Ustedes tienen la alegría de ser servidores del más caro ideal de la humanidad: ¡la preservación de la humanidad misma!

Muchas gracias